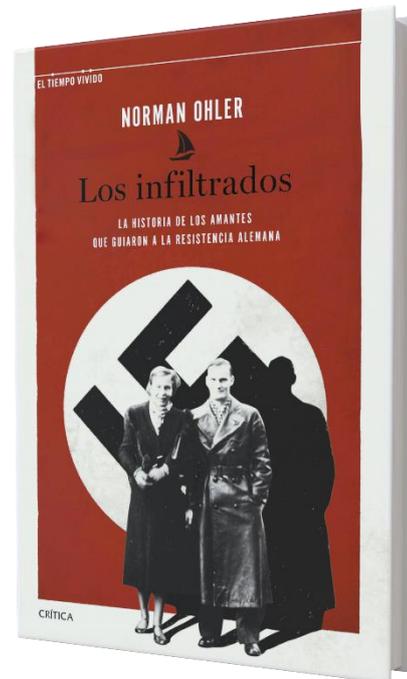


CRÍTICA

Norman Ohler

LOS INFILTRADOS

**La historia de los amantes que
guiaron a la resistencia alemana**



«Una asombrosa historia de la resistencia en contra de los nazis - una historia de amor, increíble valentía y autosacrificio, que sólo podría terminar en la muerte - y está brillantemente contada.»

SIR ANTONY BEEVOR

A LA VENTA EL 17 DE NOVIEMBRE

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Andreu Sitjà i Oliva (Comunicación Área Ensayo)
682 69 63 61 / asitja@planeta.es

SINOPSIS

Verano de 1935. En un lago cerca de Berlín, un joven está pescando cuando ve a una mujer recostada en la proa de un barco que pasa. Sus miradas se cruzan... y nace una de las mayores conspiraciones de la historia.

Harro Schulze-Boysen ya había derramado sangre en la lucha contra el nazismo cuando Libertas Haas-Heye y él iniciaron su romance arrollador. Ella se sumó a la causa y poco tiempo después los dos amantes ya dirigían una red de luchadores antifascistas repartidos por todo el bajo mundo del Berlín bohemio. El propio Harro se infiltró en la inteligencia alemana para comunicar los planes de batalla de los nazis a los aliados, incluidos los detalles del ataque sorpresa de Hitler a la Unión Soviética. Pero nada podía preparar a Harro y a Libertas para las traiciones que sufrirían en aquella guerra de secretos, una lucha en la que la línea que separaba a los amigos de los enemigos era muy fina. Con la ayuda de diarios inéditos, cartas y documentos de la Gestapo, Norman Ohler teje una inolvidable historia de amor, heroísmo y sacrificio.

EL AUTOR



Norman Ohler se licenció en periodismo en la Universidad de Hamburgo y cursó estudios en ciencias culturales y filosofía. Es autor de novelas, ha sido corresponsal en Ramallah, Palestina, y ha escrito guiones cinematográficos. Ha recibido numerosos premios y becas. El gran delirio (Crítica, 2016) fue su primera obra de no ficción, y para escribirla estuvo cinco años investigando en archivos alemanes y estadounidenses.

EXTRACTOS DEL LIBRO

PREÁMBULO

Una tarde, cuando tenía aproximadamente doce años, estaba sentado en el jardín de la casa de mis abuelos, situada en un valle a las afueras de una pequeña ciudad del suroeste de Alemania, cerca de la frontera con la región francesa de Al-sacia. En marzo de 1945, la ciudad, que también es el lugar donde nací, fue arrasada por un bombardeo de la Royal Air Force que destruyó la práctica totalidad de sus edificios de estilo barroco. Mi abuela y mi abuelo corrieron la misma suerte que tantos otros: no quedó el menor rastro de su propiedad tras la lluvia de bombas, así que mi abuelo, después de la guerra, levantó una casa nueva con sus «propias manos a partir de los escombros». Le puso el nombre de Haus Morgensonne, o Casa del Sol de la Mañana, y al camino vecinal que conduce hasta allí lo llamó Wiesengrund, o Tierra de Prados, denominación que ha acabado figurando en los mapas de carreteras oficiales.

En el jardín de la Casa del Sol de la Mañana solíamos jugar a *Mensch ärgere Dich nicht* (Hombre, no te enfades), un juego de mesa parecido al parchís. Antes de la primera tirada de dados, mi abuelo siempre decía: «¡Juega duro, pero limpio!». Yo no tenía nada en contra de jugar limpio, ni él tampoco decía muy en serio lo de jugar duro, pero la regla siempre me causaba una cierta inquietud, porque en el fondo solo jugábamos para pasar el rato de la forma más divertida posible. Sin embargo, aquella tarde, no sé si jugando limpio o sucio, me negué a empezar la partida a menos que mi abuelo me explicara alguna historia sobre la guerra. Ese mismo día nos habían pasado en el instituto un documental sobre la liberación de un campo de concentración: imágenes de montañas de gafas y rostros demacrados se alternaban con planos eficazmente intercalados de un pueblo alemán exultante. No nos habían dejado salir de la sala de actos hasta el final de la proyección.

Quería saber si mi abuelo había tenido algo que ver con todo aquello. Al principio sacudí la cabeza y quiso empezar la partida de Hombre, no te enfades, pero me adueñé de los dos dados de color marfil y le lancé una mirada inquisidora. El sol iluminaba la mesa a través de las hojas de los manzanos y dibujaba un patrón de camuflaje a base de luces y sombras sobre el fondo amarillo del tablero. Mi abuelo

me dijo entonces que había trabajado en el Reichsbahn, la red ferroviaria del imperio alemán. Yo ya lo sabía, así que le insté a que me contara algo más interesante.

Abstraído en sus recuerdos, se quedó mirando fijamente los abetos blancos que marcaban el límite con la Tierra de Prados. En ese momento carraspeó y, lentamente, como de pasada, me contó que había sido un devoto empleado ferroviario, de los de verdad, porque siempre le habían atraído la fiabilidad y la precisión propias del mundo de los trenes. También me dijo que nunca habría podido imaginar lo que acabaría pasando. ¿Qué pasó?, le pregunté. Vacilante, me explicó que había trabajado de ingeniero y me preguntó si sabía lo que era un ingeniero. No lo tenía muy claro, pero asentí con la cabeza. Durante la guerra, continuó, lo trasladaron a Brůx, una pequeña ciudad del norte de Bohemia situada en la intersección de las líneas Aussig-Komotau, Pilsen-Priesen y Praga-Dux.

Una tarde de invierno en la que un grueso manto de nieve recién caída cubría los prados, los árboles, los dobles rieles negros de las vías y la superficie congelada del río Eger —siguió relatando mi abuelo con voz trémula—, un largo convoy de carga que llegaba con vagones de ganado fue desviado a una vía de apartadero para dejar pasar a un transporte urgente de municiones. Las ruedas chirriaron sobre las agujas, resonaron gritos de mando y se escuchó un largo y prolongado silbido. Una nube de vapor se levantó y se disipó. Desengancharon los vagones de ganado y el silencio volvió a reinar en el valle teñido de blanco.

Pero algo raro pasaba. Mi abuelo lo notaba; su instinto de ferroviario se lo decía. Al cabo de un rato, salió de la pequeña caseta de servicio y se acercó a la vía de apartadero. Solo se escuchaba el murmullo del agua que corría bajo la superficie helada del Eger. Inquieto, empezó a caminar a un lado del interminable convoy. Justo cuando estaba a punto de dar media vuelta, un objeto se movió por una de las estrechas rendijas de ventilación que había sobre la puerta corrediza de uno de los vagones.

Una taza de hojalata atada a un cordel se descolgó de allí, se enganchó con la manija de la puerta, logró liberarse, siguió descendiendo lentamente con un leve balanceo y quedó enterrada en la nieve, junto a la vía. Acto seguido, el cordel se tensó y elevó el recipiente lleno. Una mano infantil —solo la mano de un niño podía caber por la rendija— se asomó y recogió la taza. ¡Eran personas viajando en vagones de

ganado y contraviniendo las normas de transporte! ¡Habrase visto! ¡En el Reichsbahn no se podía tolerar semejante guarrada! Irritado, mi abuelo volvió a la caseta de servicio para informarse sobre el destino del tren: Theresienstadt. El nombre apenas le sonaba: un pueblecito a pocos kilómetros al norte de Bauschowitz, la estación terminal situada en la frontera del Protectorado de Bohemia y Moravia. Volvió a salir para examinar los vagones, pero esta vez vio junto a las vías a dos centinelas con uniformes negros que caminaban hacia él con paso ligero y empuñando sendos subfusiles. Eran de la SS. Mi abuelo dio media vuelta, retrocedió a toda prisa y los hombres le amenazaron con un grito seco.

Cosas de la guerra, pensó. Al cabo de un rato miró por las ventanas empañadas de la caseta sobrecaldeada. No era momento de exigir el cumplimiento de ninguna normativa ferroviaria. Serían prisioneros de guerra, rusos. Pero eso era imposible, y él lo sabía, porque el tren venía del oeste. Además, la mano que había visto era la de un niño. También sabía que no haría nada al respecto. «Tenía miedo de la SS.»

Me contó esta historia en el soleado jardín de su casa pintada de amarillo, y aunque lo quería porque era mi abuelo —siempre me dirigía a él llamándole *Pa*—, en aquel momento le odié, y él lo notó. Aun así, empezamos la partida.

Entonces sucedió algo extraño. Mientras jugábamos, las manos le empezaron a temblar, volvió la cabeza a un lado para no tener que mirarme y dijo con la voz quebrada: «En ese momento, pensé que si alguien se enteraba de lo que les estábamos haciendo a los judíos sería terrible para todos».

Le miré y fui incapaz de abrir la boca. Mi abuela se sentó a la mesa y nos miró a los dos. Yo entonces no sabía que ella tenía alzhéimer. Mi abuelo se levantó sin articular palabra y entró en la Casa del Sol de la Mañana.

Salió al cabo de unos minutos y me entregó un sobre acolchado. Lo abrí y vacié su contenido sobre el tablero de juego. Era su cartilla de miembro del partido. Las páginas estaban repletas de sellos de colores —verde menta, rojo pálido, azul claro— con el águila del Reich. Los sellos estaban enganchados sobre los meses en los que había pagado la cuota. No había ni un solo mes vacío. Del sobre también cayó un alfiler con la cruz gamada, la insignia del partido. Mi abuelo indicó con un gesto que se lo entregaba todo a su nieto de doce años y dijo: «Quédatelo. Ya no puedo tener esto en casa».

De repente, tuve la sensación de que mi abuelo estaba en otro lugar. Podría haberlo tocado con las manos, pero nos separaba una distancia insalvable. Todo parecía estar muy lejos. El jardín que nos rodeaba, los manzanos de detrás de la pequeña mesa de juego y la propia mesilla se habían trasladado a otra dimensión. Ya no podía tocar al abuelo. Ya no podía mover las fichas sobre el tablero. Mi abuela estaba sentada como una estatua, difuminada en el borde izquierdo de mi campo de visión, y mi abuelo, en algún lugar delante de mí. Cerré los ojos. Todo estaba en silencio. Pero aquella quietud se podía oír. En algún momento abrí los ojos, volví a meterlo todo en el sobre y me lo quedé.

I

No siempre hace frío en Berlín. Hay días de verano en los que la ciudad se pone al rojo vivo y la arena de las playas lagunares de Brandeburgo se te cuela abrasadora entre los dedos de los pies. En estos días, el cielo parece flotar tan alto que sientes que su azul es el del Universo, y la vida en esta ciudad, donde pasan tantas cosas a la vez y nada en absoluto, se vuelve cósmica. Hubo días así en agosto de 1942, cuando varias personas salieron a navegar al lago Wann por última vez en sus vidas, y también los hubo en agosto de setenta y cinco años después, cuando quedé con un hombre llamado Hans Coppi.

Tres cuartos de siglo también es la edad de Hans, pero parece más joven. Es delgado, alto —como su padre, al que sus amigos llamaban «el Largo»—, lleva gafas con lentes redondas y tiene una mirada despierta e irónica. No sé exactamente adónde me llevará este encuentro. Ya he publicado un libro de no ficción sobre el período nazi, pero lo que en realidad me gusta es escribir novelas o hacer películas. Sin embargo, lo que Hans Coppi me ha avanzado es una historia *auténtica* que exige otro libro de no ficción.

Hans creció siendo una especie de VIP en Berlín Oriental durante la guerra fría. Tuvo que ver con ello la condición de celebridades a título póstumo de sus padres, que fueron, concretamente, «luchadores de la resistencia antifascista». Su madre lo alumbró en una cárcel nazi, después fue juzgada y, al cabo de ocho meses, guillotizada. Hans Coppi es un agudo doctor en Historia que lleva toda la vida intentando averiguar qué pasó con sus padres en aquel período y por qué, al igual

que algunos de los amigos que salieron a navegar por última vez en aquel verano de 1942, tuvieron que morir tan jóvenes.

Yo pensaba que conocía a los más importantes lucha-dores de la resistencia contra el régimen nacionalsocialista: el conde Claus von Stauffenberg, con su atentado con bomba del 20 de julio de 1944; el solitario y maníaco Georg Elser, con su artefacto explosivo casero que no alcanzó a Hitler por apenas unos minutos en 1939; o la bonachona, pero rebelde Sophie Scholl y su hermano Hans, consumidor de morfina y pervitina. Pero hay otra historia que, según Hans Coppi, pertenece al mismo elenco y gira en torno a una pareja con la que su padre también mantuvo una amistad: dos personas que lucharon contra la dictadura durante muchos años y para quienes esta lucha siempre fue, además, una batalla por la honestidad en el amor. Se llamaban Harro y Libertas Schulze-Boysen. Con el paso de los años se formó a su alrededor un círculo de más de cien personas, una enigmática red que aglutinó a casi el mismo número de hombres que de mujeres, lo que la convierte en una agrupación única. Es la historia de unos jóvenes que, por encima de todo, querían *vivir* —y amar— aun cuando la época que coincidió con los mejores años de sus vidas estuviera marcada por la muerte.

No es fácil llevar a cabo la tarea que Hans Coppi se ha propuesto: averiguar qué pasó realmente. Porque cuando Hitler se enteró de lo que se estaba tramando contra él en el corazón de la capital del Reich, se enfureció tanto que ordenó borrar el recuerdo de tan extraordinaria aventura, distorsionarla hasta hacerla irreconocible, enterrar y ocultar la verdad sobre Harro, Libertas y el resto. El dictador casi lo logró.

He quedado con Hans Coppi en un café junto al estanque de Engelbecken, en la intersección del Este con el Oeste, donde las parábolas urbanas de la capital de la extinta RDA interactúan con las de la antigua ciudad amurallada de Berlín Occidental. Aquí, los bloques prefabricados socialistas contrastan con los gentrificados edificios residenciales de la época guillermina. La iglesia de San Miguel, construida por un alumno del arquitecto neoclásico Karl Friedrich Schinkel y aún sin techo por culpa de un bombardeo, se yergue apuntando a un cielo que, en esta calurosa tarde de verano, Hans Coppi contempla con aire escéptico, porque sabe que el calor acumulado a última hora de la tarde gusta de descargarse sobre esta extraña y, a veces, tan intensa ciudad. Mi hijo pequeño me acompaña a la

reunión. Tiene poco más de año y medio, pero ya mide como un niño de dos, y encuentra nuestra conversación menos interesante que los patos del estanque. Cada vez que uno de ellos salta al agua desde el nido situado entre los juncos porque mi hijo se ha acercado demasiado, me levanto, detengo al pequeño mientras corretea hacia la orilla, lo siento en la silla y le doy su zumo de ruibarbo. Quizá habría sido más acertado dejarlo en casa para poder concentrarme exclusivamente en la reunión, pero Hans Coppi no parece molesto con las interrupciones y nos observa atentamente.

Es posible que, en septiembre de 1942, apenas dos semanas después de la detención de Harro, Hans notase el arresto de sus padres desde el vientre de su madre, Hilde. Al principio Hilde fue encarcelada con otras mujeres en la prisión de la jefatura de policía de la Alexanderplatz y, a finales de octubre, ya con un embarazo avanzado, en la cárcel de mujeres de la Barnimstrasse. Allí, a finales de noviembre, le dejaron dar a luz a su hijo, al que llamó Hans, como su esposo.

De repente, me asusto: oigo un tintineo y miro a mi hijo. De un mordisco acaba de hacer saltar un trozo del vaso de zumo de ruibarbo. Tardo un poco en procesar la situación, pero la pequeña muesca en forma de media luna que ha quedado en el borde del vaso no deja lugar a dudas. Exploro cuidadosamente con los dedos el interior de su boca y saco de ella un semicírculo perfecto de cristal. Afortunadamente, al pequeño no le ha pasado nada. Desconcertado, lo miro y él me devuelve una mirada también algo perpleja. No sabía que un bebé pudiera quebrar un vaso de cristal con las encías y dejar un corte tan limpio, y obviamente él tampoco. Hans inclina la cabeza y dice: «Al chaval no le falta energía». Y de pronto me doy cuenta de por qué mi hijo me ha acompañado a la cita, porque ahora espero que él, al igual que Hans Coppi, maneje su vida sabiendo que en algún momento se enfrentará con la historia.

Hace una tarde calurosa en Berlín, de manera que, al finalizar la reunión, me voy al lago Wann porque me apetece un baño y porque allí también hay patos. Y porque es un lugar directamente relacionado con los sucesos relatados aquí. Hoy es 31 de agosto de 2017, justo el día que, hace setenta y cinco años, detuvieron a Harro. Se levanta una brisa que anuncia tormenta.

II

Busco pistas en el distrito de Mitte, el centro histórico de Berlín. Donde en su día estuvo el Reichssicherheitshauptamt, u Oficina Central de Seguridad del Reich, hay actualmente un complejo conmemorativo llamado Topografía del Terror. Aquí estaba el cuartel general de la Geheime Staats polizei, abreviado Gestapo, la policía secreta del Estado nazi. Aquí tenía Heinrich Himmler su oficina, donde cada mañana practicaba yoga durante dos horas antes de acometer su rutina diaria de exterminio. También Adolf Eichmann organizó desde aquí el genocidio de los judíos. Y fue aquí, en los calabozos del sótano de hormigón, donde Harro y, después, Libertas fueron encarcelados, al igual que el padre de Hans Coppi. La celda de Harro, la número 2, ya no existe, ni tampoco las del resto de los detenidos. El edificio quedó seriamente dañado durante un bombardeo de la Royal Air Force y las ruinas fueron demolidas después de la guerra. En la década de 1970, el solar estuvo ocupado por una empresa de desescombro y un circuito de pruebas donde se podía circular a todo gas sin necesidad de car net de conducir. En la actualidad, el antiguo sótano alberga una exposición que también conmemora a Harro Schulze- Boysen.

He quedado con Hans Coppi delante de los paneles explicativos. Hoy presenta un aspecto frágil. Me pregunta cómo está mi hijo y después caminamos por la calle aneja al canal, antes llamada Tirpitzufer (hoy Reichpietschufer), hasta el edificio Bendlerblock, en la Stauffenberg-Strasse. Allí se encuentra el actual Ministerio de Defensa y, a su lado, el Centro Conmemorativo de la Resistencia Alemana. En el cuarto piso de esta robusta construcción hay una sala que alberga la «Colección Orquesta Roja». Es mucha la información que Hans Coppi y otros investigadores de la resistencia han descubierto en los últimos años o han recibido de familiares y supervivientes para arrojar luz sobre lo sucedido con Harro, Libertas y el resto del grupo. La sala está repleta de cartas, álbumes de fotos, dossiers, notas de conversaciones, entrevistas con testigos de la época, diarios y transcripciones de interrogatorios.

Por extraños, dramáticos o improbables que parezcan algunos de los hechos relatados aquí, este *no* es un libro de ficción. Considero particularmente importante en este caso, donde la verdad ha sido distorsionada muchas veces, no alimentar más aún la leyenda, sino informar con la mayor precisión posible combinando mis

competencias de narrador y la responsabilidad del historiador. Todo lo que aparece entrecomillado está documentado con una fuente. Aun así, este no es un libro académico y he intentado meterme en los corazones y las mentes de sus personajes empleando unos recursos más propios de un novelista que de un historiógrafo.

La acción se desarrolla en Berlín, una ciudad que ya había sufrido muchas transformaciones, pero donde siempre han vivido personas con necesidades similares, personas a las que les gusta comer bien, ir al cine o salir a bailar; que tienen familia, cuidan de sus hijos o simplemente tienen ganas de enamorarse. Gente que quedaba en los cafés, aunque en la mesa de al lado hubiera personajes con uniforme negro. Notas de color, con el tiempo arrolladas por una marea gris, más bien parduzca. Gente que reflexionaba sobre cómo había que reaccionar ante una situación política insostenible, sobre cómo había que actuar en una época que exigía conformismo. Gente, en definitiva, muy distinta de mi abuelo, que se limitó a seguir trabajando de ingeniero en los ferrocarriles del Reich.

Norman Ohler, Berlín, hoy

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Andreu Sitjà i Oliva (Comunicación Área de Ensayo)

682 69 63 61 | asitja@planeta.es